



EL VERDUGO

HAY un ser extraño, incomprensible, que, oculto á las miradas de todos, surge de vez en cuando del fondo de la sociedad, aparece un momento en la superficie de la multitud, atrae sobre sí los ojos de la muchedumbre, y vuelve á hundirse, desapareciendo como un relámpago tragado por la oscuridad.

Más bien que hombre parece una sombra.

En él se verifica un fenómeno incomprensible: vive en medio de los hombres, á una inmensa distancia de cada uno de ellos.

Á su alrededor hay siempre trazado un círculo que nadie traspasa.

Entre él y los demás hombres hay una distancia imposible de vencer.

Parece que la atmósfera que le rodea es mortal para todos, menos para él.

Una bala de cañón lanzada por el ímpetu de la

pólvora encendida, no se abre paso al través de la multitud tan pronto como este ser inexplicable.

Como si fuera una grandeza de esas que todo lo subyugan, no hay más remedio que retroceder cuando él se adelanta, y apartarse cuando él pasa.

El vaso en que bebe, se rompe para que no vuelva á servir.

Si cae, nadie le tenderá la mano para que se levante.

El dinero no se le da, se le arroja.

La sociedad es para él un desierto : vive sólo en medio de los hombres.

Es hombre, y no es ciudadano.

La naturaleza todo se lo permite; la sociedad todo se lo niega.

Viene á ser como la última pieza de una máquina, como el último tornillo de un terrible aparato.

Es, como si dejéramos, el filo de la cuchilla, la punta de la espada, el nudo del dogal.

Sus apariciones se anuncian siempre por medio de siniestras señales.

Este hombre no falta nunca en su puesto.

Cubierto con la ignominia que todos arrojamos sobre su rostro, huye de nuestra vista, se esconde á nuestras miradas, y espera.

Espera en su escondite, como el bisturí espera en su estuche el momento en que el mismo enfermo le grita para que acuda á separar de su cuerpo la pierna gangrenada.

Perecen los pueblos, se cambian las costum-

bres, se transforman las ideas: este hombre ni perece, ni cambia, ni se transforma.

Siempre es el mismo.

La serie de los hombres extraordinarios se ve frecuentemente cortada por largas interrupciones.

De Homero hay que ir á Dante, de Alejandro á Julio César, de Julio César á Napoleón.

Moisés no ha tenido todavía sucesor.

Hoy nos hace falta un gran mecánico, mañana un gran político, ó un gran filósofo, ó un gran diplomático.

Estos grandes hombres no nacen cuando hacen falta: nacen cuando nacen.

Sucede con ellos lo que con los premios de la lotería, y es que siempre llegan á tiempo.

Los pueblos pasan á menudo por circunstancias angustiosas, y llaman á un hombre, y ese hombre no parece.

Las razas se agotan, las dinastías desaparecen, las familias se acaban.

Este hombre parece inalterable y eterno.

Todavía no se le ha llamado una vez que no haya dicho: «Aquí estoy.»

Muere uno, y nace otro.

Es una continuación no interrumpida.

Nunca falta uno.

Su semilla fructifica siempre.

Si se considera la ignominia á que se sujeta, el horrible destierro á que se condena, la pobreza á que se obliga, y la repugnancia invencible de que

se hace voluntariamente objeto, este ser parece una víctima.

Si se le mira en el terrible ejercicio de sus funciones, en medio de la plaza pública sobre un tablado, destacarse sobre el cuadro oscuro de la multitud apiñada; si se le ve asir al reo que la justicia le entrega, sentarlo sobre el fatal banquillo, hincar la rodilla, pedir perdón al que ha ofendido á Dios, á los hombres y á la naturaleza, alzarse de nuevo y ahogarlo de repente por un terrible movimiento de su brazo, no se puede dudar: ese hombre es el Verdugo.

¿Qué raza es esta que no se extingue?

¿Qué terrible misterio preside á la continua incubación de este ser que nunca se acaba?

No es loco: su razón puede ser tan perfecta como la razón de los demás.

No es un criminal que ha puesto entre la sociedad y él el abismo de sus negros delitos.

Si fuera posible sorprenderle en el abandono de su casa, en el seno de su familia, acaso encontraríamos alguna virtud doméstica que admirar; quizá muchas.

¿De dónde sale este hombre?

¿Qué pasión ó qué sentimiento, qué vicio ó qué virtud le empujan á ser el filo de la cuchilla, la punta de la espada, el nudo del dogal?

El criminal se explica; el Verdugo se ve.

El uno se comprende; el otro es un misterio.

Nos encontramos delante de un terrible enigma encerrado dentro de las líneas de una figura humana.

¿Qué clase de hombre es este que se envilece voluntaria y públicamente por un miserable salario? La mujer pública se ve arrastrada por la seducción de todos los vicios.

El ladrón se ve empujado por la codicia.

El asesino por la venganza.

Pero al Verdugo, ¿qué le seduce?

¿Qué Venganza, qué codicia, qué seducción pesa sobre este hombre?

Lo último de la sociedad no es la mujer perdida, ni el ladrón, ni el asesino, porque detrás de todo esto aparece siempre el Verdugo.

¿Qué especie de dinastía es esta?

¿En qué molde misterioso y terrible se funde este hombre que no tiene fin.

Él vive de la muerte.

Todo criminal condenado á la última pena pasa por estos términos: pasa del poder de la Justicia á los brazos de la Religión, de los brazos de la Religión á las manos del Verdugo.

La Justicia juzga, la Religión consuela, el Verdugo mata.

Al otro lado del cadalso hay un hombre siempre: el Verdugo empieza donde el criminal acaba.

Tú, sabiduría humana, que todo lo averiguas y todo lo explicas, dínos: ¿no tienes ni siquiera un átomo de luz que dejar caer sobre la profunda oscuridad de este misterio?

Llenamos de honores al soldado que defiende á su patria, y hay, sin embargo, que obligarle por la fuerza ó comprarle con el dinero.

Hay quien da toda su fortuna por no serlo; hay quien huye y se esconde; hay quien se hace criminal porque no le hagan soldado; hay, en fin, quien se mutila para no poder servir á su patria.

El número que forma estas clases, constituye una gran mayoría.

Haced voluntario el servicio de las armas, y habréis suprimido el ejército.

Declarad gratuitos los puestos más honrosos del Estado, y apenas tendréis quien los sirva.

Quitad á los generales el sueldo y las prerogativas; quitad á los ministros el presupuesto; á los senadores su alta importancia; á los diputados su continua influencia, y apenas encontraréis generales, ni ministros, ni senadores, ni diputados.

¿Qué le dais á ese terrible funcionario que se llama Verdugo? Un salario miserable que le arrojáis á la cara, el horror público, el desprecio de todos, la más grande de las deshonras, la mayor de las ignominias.

Y, sin embargo, ni lo mezquino del salario, ni el horror, ni el desprecio, ni la deshonra, ni la ignominia bastan; el Verdugo persiste: sobre su miseria, sobre el horror que inspira, sobre el desprecio que infunde, sobre la deshonra que le rodea y la ignominia que le sigue, continúa con tremenda tenacidad.

Parece que es una raza á la que se ha confiado una misión terrible é inevitable.

El árbol genealógico de esta familia está sin duda alguna condenado á no secarse jamás.

Decid si hay algún empleo, alguna profesión, alguna industria, algún oficio, que hubiera sobrevivido al mezquino salario y á la ignominia del Verdugo.

Si el Verdugo no fuera un hecho constante, patente y universal, la razón humana se vería obligada á negarlo.

Es una sombra terrible que sigue á la humanidad por todas partes, sin que toda la luz de la civilización pueda disiparla.

Faltará el cadalso más bien que el Verdugo.

Destruir al Verdugo sería acabar con la pena de muerte; por eso parece horriblemente comprometido en no extinguirse.





NUESTRA INCREDULIDAD

ESTAMOS siendo víctimas de una verdadera injusticia.

Se ha esparcido por el mundo una injuria que nos llenaría de indignación, si no fuéramos nosotros mismos los que nos la dirigimos.

Se acusa de incrédulos á los tiempos en que vivimos, y, hablando francamente, esto es una calumnia, en la cual todos hemos con venido.

Medítese bien, y se observará al instante que nuestros padres fueron mucho más incrédulos que nosotros.

Hablo de aquellos de nuestros padres que tuvieron el acierto de nacer antes que Voltaire y que Rousseau.

Si ellos levantaran la cabeza, se admirarían de nuestra credulidad mucho más que nosotros nos admiramos de la suya.

Yo no puedo negar que ellos creyeron en brujas.

Tampoco tengo ningún interés en ocultar que no hay pueblo en España que no conserve todavía la misteriosa tradición de la existencia de algún duende.

Tomo estos datos como el *summum* de la credulidad de nuestros padres.

La bruja, creación diabólica que se desliza á media noche como una sombra por las paredes de los cementerios, abre las sepulturas y extrae con sus uñas las entrañas aún calientes del cadáver de un niño, con la misma destreza con que pudiera hacerlo la ejercitada mano de un anatómico.

Ella es la que vaga alrededor de la horca que acaba de ejercer sus terribles funciones.

Al resplandor de la luna se la ha visto caer sobre el cuerpo del ahorcado, pendiente del suplicio, envolviéndole en repentina oscuridad, como si hubiera pasado una nube por entre el cielo y el patíbulo, ó como si la luna hubiera apartado su claridad, horrorizada de la profanación de que se la obligaba á ser testigo.

En este acto infernal se ocultaba una operación, que más adelante había de ser una conquista del arte y de la ciencia.

La bruja iba allí á arrancar uno á uno los dientes de la desgarrada boca del ajusticiado, con la misma habilidad con que hoy lo hacen los dentistas más famosos.

Sacar las muelas sin dolor, es un descubrimiento que sería el colmo de la injusticia negárselo á las brujas.

Ella es la que, descarnada como un espectro, penetra casi invisible en el cuarto de la doncella que acaba de espirar, y corta con sus dedos, y con un solo esfuerzo, las largas trenzas que caen inmóviles alrededor de la cabeza del cadáver.

Con estos elementos robados á la muerte, forma los poderosos filtros que la hacen dueña de las pasiones y de la voluntad de los hombres.

Ella tiene el fuego que enciende el amor irresistible.

¿Hay alguna mujer ofendida por las ingratitudes de su amante? Ella la vengará.

¿Hay algún amante desesperado por la honestidad de la mujer que desea? Ella ablandará el diamante y encenderá la nieve.

¿Es preciso que desaparezca un niño acusador?

Ella lo hará desaparecer como una luz á quien se sopla.

Todo lo oye, porque sus oídos no se cierran nunca; y todo lo ve, porque no mira jamás.

Excepto los sábados por la noche, que los dedica á tomar el aire volando por encima de los tejados, siempre está dispuesta á envanecer el corazón de una mujer hermosa ó á enloquecer el alma de un hombre impetuoso: esta es la bruja.

La he bosquejado con los rasgos más fantásticos y más vulgares, porque quiero ponerme en el extremo increíble de aquella credulidad.

En este espíritu diabólico creyeron nuestros padres.

Confesemos ingenuamente que debió influir en esa creencia el amor propio.

El amor propio es esa pasión ciega que cada uno se tiene á sí mismo y que hoy es la reina de las pasiones.

Á nuestros padres les fué más fácil creer en el poder de las brujas que en las miserias de la naturaleza humana.

Dieron á sus vicios un editor responsable, como nosotros se lo hemos dado á nuestros periódicos.

El duende era á su vez una especie de espíritu familiar, un diablillo infantil que se entretenía en apagar la lumbre del hogar, en golpear las ventanas las noches de aire, en esconder en los sitios más ocultos las llaves de las despensas, en apartar de la vista todo aquello que se buscaba con interés.

La candidez de esta credulidad nos da derecho á reirnos de nuestros padres.

Hoy que el sol de la sabiduría humana lo ilumina todo, ¿quién se atrevería á creer en los maleficios de una bruja ó en las pueriles travesuras de los duendes?

Entonces se convirtió la ignorancia en credulidad.

Nuestros padres creyeron que era más fácil la existencia de un espíritu revoltoso, que no que un hombre se desesperara buscando por todas partes las gafas que llevaba puestas.

Creían nuestros padres muy fácil que el duende descubriera á lo mejor, debajo de un mueble, ó detrás de una puerta, un bastón sospechoso ó un bille-

te incomprensible, porque les parecía increíble que fuera tan frágil la honestidad de sus hijas ó la virtud de sus esposas.

Creían ellos entonces de las brujas y de los duendes todo lo que nosotros creemos ahora de los hombres y de las mujeres.

Pero si á las brujas y á los duendes llevaron ellos los términos de su credulidad, nosotros, en punto á creer, hemos ido, como era natural, mucho más lejos: el progreso es una ley inviolable.

Sería imposible hacernos creer que una vieja puede tener la facultad de abrir la ventana de su cuarto á las doce de la noche y echarse á volar con la misma facilidad que lo hacen los murciélagos.

Si se intentara hacernos creer esto, volveríamos la cabeza indignados de semejante pretensión.

Pero cambiemos las condiciones de la maravilla.

No se trata de una vieja descarnada y repugnante.

Por el contrario: se trata de una joven bella y nerviosa.

Tampoco se trata de que vuele sin alas, sino de que vea sin ojos.

Esto ya empieza á ser otra cosa.

Aquí no hay necesidad de unguento diabólico, que á fuerza de fricciones despierte en ella la facultad de volar.

Basta que la voluntad poderosa de un hombre se reconcentre en sí misma con una intención irresistible; basta que las manos de ese hombre pasen lentamente sobre la cabeza de la joven y lancen so-

bre ella los torrentes de una luz invisible que se escapa por la punta de las uñas.

Primer momento de asombro : la joven se ha dormido.

Este paso es preciso , porque lo primero es que ella ignore todo lo que sabe.

Una vez dormida, no hay secreto que no pueda estar en sus labios.

Sus ojos, que parecen muertos, no necesitan más que una señal magnética para penetrar en lo más recóndito de lo pasado, de lo presente y de lo futuro.

La bruja era hija del diablo; el magnetismo es hijo de la ciencia.

El diablo ha muerto, y la ciencia nace.

Creían nuestros padres que el demonio podía fraguar toda clase de maldades ; nosotros creemos más: creemos que la ciencia puede hacer milagros.

Verdaderamente es risible la inocente creación del duende.

Difícil es creer que una llave se esconda, que una puerta se cierre y que una luz se apague por el impulso misterioso de una mano invisible.

Pero si esta intervención de un espíritu desocupado es increíble , ¿qué vamos á hacer de nuestra credulidad ?

Que los muebles anden , se muevan y se oculten , es cosa que repugna á nuestra razón. Es mucho más fácil que hablen.

Una mesa puede contestar á varias preguntas.

En cuanto á moverse, sólo le permitimos que dé vueltas alrededor de sí misma.

Pero en punto á nuestra credulidad, tengo donde ir á buscar irrecusables testimonios.

¿Qué calvo es el que no cree en el último descubrimiento infalible para hacer nacer el pelo ?

¿Quién niega su fe á todos y á cada uno de los artículos que se hallan contenidos en una botica ?

¿Cuál es el hombre que no cree en su razón ?

¿Hay alguna mujer, por viciosa que sea, que se niegue á creer en la virtud de un cosmético ?

¿No es el sufragio universal un artículo de fe para una gran parte de los hombres ?

¿Hay alguna perversidad que no se crea ?

¿No creemos todos en el dinero ?

¿Hay algún ministerio que no se crea fuerte ?

¿Dónde está el partido que no se cree justo ?

Apenas hay una mujer que se crea fea, un niño que no se crea hombre, un hombre que no se crea Dios.

Casi hemos agotado los límites de la credulidad.

Jamás se han creído tantos imposibles como ahora.

¿Qué inquieta credulidad no nos inspira el billete de la lotería que llevamos en el bolsillo ?

Si no hubiera tanta credulidad, sería imposible abusar de ella de la manera que se abusa.

Nuestros padres eran mucho más incrédulos que nosotros.

Ellos creían en Dios; nosotros creemos en el hombre.

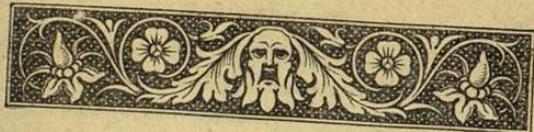
Si hubieran sido tan crédulos como nosotros, esta época hubiera aparecido antes.

¡Se nos acusa de incrédulos! ¿Hay algún error en que no creamos?

En fin, estamos creyendo que al cabo de seis mil años el hombre va á cambiar de naturaleza.

Nuestros padres creían en la Providencia; nosotros creemos en la fortuna.

Creían al hombre mejor de lo que era : nosotros lo creemos peor de lo que es.



LA AMBICIÓN

A mitología se vale de una fantástica paradoja para darnos una idea palpable de lo que es un suplicio eterno.

La paradoja se nos presenta bajo la forma de un tonel sin fondo, que es preciso llenar.

El agua desaparece como si un abismo se la tragara.

Un tonel sin fondo, por pequeño que sea, es siempre inmensamente grande.

Cualquiera puede pasar toda su vida echándole agua, seguro de no llenarlo jamás.

El mismo Océano, que siempre que se le ve parece que va á tragarse la tierra, se empeñaría inútilmente en cubrir sus misteriosas profundidades.

Después de haber agotado su última gota de agua, todavía el tonel permanecería vacío.

Un tonel sin fondo es una cosa que no tiene

medida; pretender llenarle es una locura; sólo pensarlo da dolor de cabeza.

Si vemos á un hombre empeñado en llenarlo de agua, no tendremos ningún inconveniente en declararle loco.

Pues bien: tenemos delante una vasija toda de barro, primorosamente labrada.

Esta vasija no tiene fondo, y está empeñada en llenarse.

Ha comprometido en ello su amor propio.

Esta vasija se llama hombre.

Este hombre se afana sin descanso por llenarse, y siempre está vacío.

Sabiduría, poder, honores, riquezas: he aquí el líquido fugitivo con que el hombre quiere llenar el tonel insaciable de su deseo.

¡Deseo! Esa es la hidropesía del alma.

Si á un cántaro agujereado se le ocurriera alguna vez la idea de llenarse de agua, sería la señal evidente de que había perdido el juicio.

La ambición es el único cántaro agujereado que se obstina en llenarse.

El hombre, sin embargo, continúa siendo un ser dotado de razón.

Todos sabemos una cosa completamente inútil: sabemos que de todo deseo satisfecho nace necesariamente otro deseo; la satisfacción de un deseo es fatalmente la incubación de otro.

Sabemos, pues, que estamos continuamente echando agua en un tonel sin fondo, y sin embargo seguimos echándola.

La ambición es un estómago cuyas fuerzas digestivas son espantosas.

Es el vacío eternamente hecho en el corazón; pero ese vacío sin límites que millones y millones de estrellas no han podido llenar.

Tomad al hombre tal como es: hacedlo Dios hoy, y mañana querrá ser más.

Hay una escalera cuyos peldaños no se acaban nunca, y es la de nuestra ambición.

Tratándose de subir, todavía no ha encontrado nadie el último escalón.

Es verdaderamente incomprensible que en una cosa tan frágil y tan pequeña como el hombre, quepa una cosa tan fuerte y tan grande como la ambición.

Pensemos un momento sobre este raro fenómeno: tenemos un guía que nos conduzca por el confuso laberinto de este misterio.

Llamemos á un matemático, al dueño de esa ciencia que hiela las ideas para medirlas.

Preguntémosle si es posible encerrar en un vaso de vidrio toda el agua del diluvio.

El matemático calculará con perfecta exactitud la elasticidad de sus labios, para dejarnos ver una sonrisa matemáticamente ajustada á la extensión de su boca.

Pero asegúrele que una cosa cuyos límites no se han encontrado todavía, la llevamos encerrada en un espacio tan pequeño, que apenas cabe en él un puñado de tierra.

El matemático sumará al punto la flexibilidad

de sus cejas para levantarlas lo precisamente necesario, á fin de que pueda pasar á su semblante toda la expresión de su repentina incredulidad.

Digámosle que esa cosa tan grande es la ambición humana, y que esa cosa tan mezquina es el hombre.

Aquí el matemático se restará á sí mismo por medio de esa operación aritmética, que se llama encogerse de hombros, como si quisiera demostrarnos la pequeñez de su sabiduría ante la inmensidad del problema.

Su ciencia se disminuye como una gota de agua en presencia del mar, como la luz de un fósforo delante del sol.

Se encoge de hombros para que veamos que no alcanza, ó tal vez intenta meterse dentro de sí mismo, á ver si puede sondear las oscuridades del problema que dentro de sí mismo se encuentra planteado.

Ello es que el matemático no hará más que encogerse de hombros.

Esta es la primera y la última página de todas las ciencias humanas.

La sabiduría del hombre es un libro cuya primera hoja está en blanco, y cuya última hoja no se escribirá jamás.

Llámesese al más ingenioso de los artífices, al más industrial de los mecánicos.

Désele toda la materia de que se compone el universo, y dígaselo: haz una estatua tan grande como la ambición humana; y nos devolverá todo el

universo, como si el hubiéramos dado un puñado de polvo para que fabricara una montaña.

¿Adónde vamos, pobres viajeros, con ese saco roto siempre á la espalda, siempre abierto y siempre vacío?

Ambición de honores, de riquezas, de poder, de placeres: ¡he ahí la revuelta confusión de vasijas agujereadas que tenemos delante!

¿De dónde ha salido este enjambre de hidrópicos que no se cansan de beber?

Los animales más feroces no muerden si no los irrita el hambre. Pues bien: tened presente que el ambicioso es un animal siempre hambriento.

¿De qué se trata? De un título más ó menos brillante, de un puñado de oro, ó de un poco de mando.

Buscad en la historia uno por uno á todos los grandes ambiciosos; despojadlos de su fortuna y de su gloria, y no tendréis más remedio que enviarlos á los tribunales.

Newton era un sabio y Napoleón un ambicioso.

Newton debió estimarse muy poco: dió de balde su inteligencia al mundo; no tuvo ambición ni de honores, ni de riquezas, ni de poder, ni de placeres, y se dió gratis.

No podía darse más barato.

Napoleón valía mucho más.

Súmese la cantidad de oro y de sangre que costó al mundo, y nos estremeceremos ante la idea de que volviera á nacer.

No habria dinero con que pagarlo.

Newton encontró una verdad; Napoleón un trono.

Newton trabajó para el mundo; Napoleón para él.

Newton dejó un rayo de luz; Napoleón un rastro de sangre.

Si Catilina hubiera contado con la fortuna, hubiera sido César.

Así son los grandes ambiciosos.

Pero hemos llegado á una especie de socialismo en que la mina de la ambición es patrimonio de todos.

Por una de esas injusticias de que el mundo no ha podido librarse aún del todo, la ambición venía á ser una propiedad vinculada en la familia de los grandes hombres.

Sólo tenían derecho á ser ambiciosos aquellos que podían presentar á la admiración pública los títulos de una legítima superioridad.

Esto era indudablemente un monopolio, que al fin y al cabo había de estrellarse en el nuevo derecho.

Cuando se hace una revolución es preciso hacerla bien; es preciso revolverlo todo de manera que cambie diametralmente el lugar de las cosas.

Los grandes talentos, los grandes caracteres, las grandes cualidades, son dones que la Providencia reparte con mano avara; pero arrastrarse por el suelo, envilecerse, degradarse, son cosas que todos los hombres pueden hacer.

El nombre, la importancia, la fortuna, la cele-

bridad y la gloria, eran cosas que estaban demasiado altas para que todos pudieran cogerlas; era preciso crecer mucho para alcanzarlas.

Es infinitamente más fácil doblarse hasta llegar al suelo, que elevarse sobre los demás.

En virtud de esta verdad evidente, todo lo que había que hacer era poner sobre el polvo de la tierra lo que antes estaba sobre la cabeza de los hombres.

Así se ve á la ambición que, semejante á una culebra, se arrastra por conseguir las fugaces satisfacciones de sus hidrópicos deseos.

Hay cosas incomprensibles; la ambición, que es toda soberbia, está hoy condenada á no subir más que en proporción de lo que se baja: cuanto más alto está lo que codicia, más tiene que humillarse.

He aquí el sentido doble y misterioso de toda escalera.

En ella se ven á un mismo tiempo en toda su extensión, desde el principio hasta el fin, dos movimientos contrarios, radicalmente opuestos entre sí, como lo negro y lo blanco, como la luz y la oscuridad.

Dos movimientos que recíprocamente se destruyen, y recíprocamente se dan la vida.

Obsérvese atentamente la rareza de este extraño fenómeno, y se verá que toda la parte de escalera que sube, es la misma parte de escalera que baja.

Y para que la irrisión sea más completa, es im-

posible imaginar una escalera que sólo baje ó que sólo suba.

He ahí cómo se me presenta la ambición de estos tiempos, condenada á bajar tanto como sube.

¿Y será esto nada más que un capricho de la naturaleza y de los hombres?

¿No podrá ser un jeroglífico ininteligible, solamente porque no queremos descifrarlo?

¿Por ventura vivir es otra cosa que deshacer la vida? ¿No es avanzar á la vez que retrocedemos?

¿No es subir y bajar al mismo tiempo?

¿No es justo, providencial y sabio que los hombres bajen por la misma escalera que suben?

¿Se puede dar á la ambición humana más terrible castigo?

Ahora bien : casi todos los que veis trepar por los peldaños de la escalera pública, vienen á estar debajo del resto de los hombres.



LOS SUEÑOS

Si no fuera tan apremiante la necesidad de vivir, yo creo que algunas veces tendríamos tiempo para pensar en algo.

Pensar es detenerse, reflexionar es pararse; ¿y quién se atrevería á detenerse con peligro de quedarse atrás?

La vida es una especie de progreso que no nos deja tiempo para pensar.

Desde el momento en que se nace hasta el momento en que se muere, se está viviendo sin un instante siquiera de interrupción.

Para dar variedad á este trabajo asiduo y constante del hombre, se han buscado diversas maneras de vivir.

Se han inventado figuras distintas, que representan una misma cantidad.

Así como para decir las mismas cosas se han inventado muchos idiomas.